

Reseñas

Manuel Burga

La historia y los historiadores en el Perú

Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega. Lima, 2005; 237 pp.

La profesión de historiador gira en torno a la investigación de los procesos históricos, pero también se ocupa de reflexionar sobre la epistemología, los métodos, técnicas y enfoques de la profesión. Sin embargo, este último aspecto es poco cultivado en nuestro medio. Existe una escasa y tímida crítica historiográfica y si buscamos reflexiones desde la crilla de la filosofía de la historia, el vacío es mayor. Por eso creo que una publicación que enfoca estos aspectos debe ser saludada con ánimo, pues rompe el silencio. Al respecto hay algunos balances publicados en revistas. El problema es que son parciales, marcados por las tendencias de sus autores; otros son simples destilaciones emotivas. Los extremos van desde los que intentan ser registros eruditos hasta los pecadores de silencios notables¹.

El profesor Manuel Burga vuelve a la escritura marcando una diferencia, pues ofrece sus reflexiones maduras sobre el oficio, los historiadores peruanos, el proceso historiográfico peruano y el sentido de la historia en el Perú. El texto es un conjunto de artículos

y ensayos publicados anteriormente y se divide en la clásica tripartición francesa: «Para qué aprender historia en el Perú», «Historia e historiadores» e «Historia e historiografía». Apesar de ser secciones separadas, en todo el texto se leen tres objetivos definidos:

1. Justificar el oficio de historiar en el Perú a fines del siglo XX, una época de crisis, cuando parecía que todo era caótico y las ciencias sociales, especialmente la historia, perdían su razón de ser.
2. Observar y entender el complejo proceso de la historia en el Perú dejando de lado la categoría «generación» por la de discursos históricos, que permite una visión de larga duración.
3. Analizar las orientaciones historiográficas en el tema andino, insistiendo en la historia abierta, en las mutuas prestaciones entre historia, arqueología y antropología que conllevan buenos resultados, como es el caso de la etnohistoria peruana.

Pasemos a analizar cada sección del texto. La primera parte «Para qué

aprender historia en el Perú» es un ensayo escrito en 1992 y publicado al año siguiente. El escepticismo y el pesimismo están presentes en varias páginas, como cuando el autor afirma: «El Perú, en lugar de caminar, con todos los peligros que implican los caminos nuevos, ha patinado en los últimos 450 años». Frase entendible por los momentos tan críticos en la que fue escrita.

Para dar respuesta a la pregunta que es a la vez el título de esta primera parte, el profesor Burga primero analiza cuatro intentos de modernización: multimodernización con conquista (s. XVI), modernización burocrática (s. XVIII), política (s. XIX) y finalmente comercial (s. XX). Las primeras aplicadas durante la colonia y las siguientes durante la República. Luego, reflexiona acertadamente sobre el fracaso de estas modernizaciones afirmando que «los procesos de modernización, cuando se imponen o se importan, sin la existencia previa de un proyecto propio, o racional o de una elite social esclarecida, dan como resultado la arcaización, el deterioro de las economías, la descomposición del Estado y de la sociedad civil y, frecuentemente, la frustración colectiva». (p. 51)

Finalmente, ensaya unas primeras respuestas a la pregunta central para qué aprender historia en el Perú. Después de trece años, la pregunta planteada y las respuestas ofrecidas en medio de la crisis económica y la

incertidumbre nacional siguen vigentes. No pienso transcribir todas las respuestas, pero me parece pertinente resaltar una conclusión que es urgente llevar a las aulas, incorporarla a la historia que se enseña en los colegios y academias: «necesitamos librarnos, casi con urgencia, de una pesada carga histórica y construir una memoria sana que nos permita repensar nuestro pasado...Tenemos que aprender a mirar a nuestros ancestros prehispánicos como los europeos miran a los griegos y romanos; no les podemos pedir el hierro, la rueda, las matemáticas, la filosofía y la escritura, sino los sistemas que construyeron y las tecnologías que descubrieron para establecer un adecuado control y manejo de sus ecologías». (p. 52)

La segunda parte titulada «Historia e historiadores» es un conjunto de ocho ensayos dirigidos al análisis de diversos investigadores conocidos como Alberto Flores Galindo, Ruggiero Romano, John Rowe y Tom Zuidema pero también algunas tesis que tuvieron circulación restringida como las de Recaredo Pérez Palma y Pastor Ordóñez. Quizá la intención es partir de estos investigadores para reflexionar sobre su generación llamada del 68, el oficio de historiar y, sobre todo, el tema andino.

Quiero referirme al primer punto. Generalmente la reflexión sobre el oficio, influencias y deudas académicas,

es un ejercicio casi espiritual, se reserva para el otoño y el retiro, cuando el reposo atenúa las emociones. Sin embargo, el profesor Burga traza sus meditaciones lúcidas y perspicaces cuando apenas está pasando la mitad del siglo.

Algunas frases contenidas en estas páginas suenan como un murmullo de confesiones sosegadas, como cuando reflexiona: «¿Qué somos? La confusión ideológica ha sido uno de los rasgos característicos de la generación del 50. Confusión para distinguir lo que era derecha, Apra, socialdemocracia o izquierda... La revolución cubana (1959) y las guerrillas peruanas de 1965 moldearon nuestra identidad. Todos éramos emotiva o coactivamente marxistas». (p. 109) Luego continúa: «¿Qué hemos hecho o cómo hemos vivido? Nuestra generación, a diferencia de la anterior, tenía más ganas de vivir, menos pesimismo y se comprometía más con la vida que con la muerte. Nos entusiasmaba el futuro, nos interesaba el pasado -frase tantas veces usada- en tanto nos permitía avizorar, prever o manejar el futuro». (p. 110)

Sus reflexiones continúan en el artículo «Alberto Flores Galindo: historiador e intelectual» cuando afirma: «Vivimos, muy probablemente, una época de liquidación de la universidad nacional. Nuestra generación llega a su fin. Los que trabajamos en esta universidad no tenemos casi nada que

ofrecer. Dejamos una universidad en ruinas, no solamente física y materialmente, sino -lo que considero más grave- sin la generación de recambio, la misma que sí existe de manera vigorosa en la universidad privada». (p. 111)

Esta frase fue escrita hace mucho, cuando efectivamente, nuestra universidad languidecía con la presencia permanente de Sendero, profesores ausentes, bibliotecas deprimentes, infraestructura deficiente. Pero ahora la universidad ha cambiado totalmente y esto, en buena medida, es producto de los mismos samarquinos. Los que fuimos estudiantes en los 70 y 80 observamos esos cambios desde la entrada, no son imperceptibles.

Estas reflexiones sobre los discursos históricos del siglo XX son reiteradas en una entrevista publicada en *El Comercio*, cuando el autor acertadamente asevera: «No miramos la historia del siglo XX en términos de desarrollo, sino en términos de explotación. La reflexión de la intelectualidad peruana fue buscar las causas de la explotación, de la marginación, de nuestro atraso, mirar atrás.»² Quisiera destacar que este proceso de análisis implica también rozar los terrenos peligrosos y subjetivos del autoexamen, el profesor Burga forma parte de la llamada Generación del 68, sin embargo, asume los costos, los logros y limitaciones de su generación. Ese es un buen punto de

partida pues, como sugiere Antoine Prost, los historiadores somos elementos inherentes a la historia, escribimos con la experiencia de lo vivido, pensado y reflexionado³.

La tercera parte «Historia e historiografía» consta de cinco artículos publicados en las dos últimas décadas del siglo XX. Nuevamente se reiteran los temas que preocupan al profesor Burga: los discursos históricos en el Perú, nación y nacionalismos excluyentes y contradictorios, la multidisciplinariedad, entre otros. Destaca mucho el artículo «Los *Annales* y la historiografía peruana (1950-1990): Mitos y realidades» donde explora las influencias europeas en los historiadores peruanos como los primeros antropólogos, los *Annales*, el marxismo y el estructuralismo.

Finalmente quisiera llamar la atención sobre las fotografías que acompañan el texto pues constituyen otra forma de ver la historiografía peruana y peruanista. El análisis iconográfico resulta sugerente pues coincide con las opiniones vertidas por el autor.

La galería iconográfica se inicia con dos grabados: el evangelista Juan comiendo un libro y una inmensa biblioteca medieval. Ambas imágenes destacan el terreno sobre el cual los historiadores se expresan: la palabra escrita. Resulta interesante la selección —¿consciente o inconsciente?— de las

fotografías. La mayoría está en actividad: Porras y Basadre de pie sonríen satisfechos, Nathan Wachtel dando una conferencia, Ella Dunbar Temple, Paul Rivet y Marcel Bataillon escuchando conferencias, Valcárcel leyendo, Riva Agüero rodeado de textos, Jacques Le Goff y Ruggiero Romano reflexivos y con enormes pipas, Alberto Flores Galindo hablando, Zuidema y Burga caminando entre las estribaciones andinas⁴. Son investigadores que reflexionan, hablan, escuchan, escriben, se comunican. Son investigadores en acción.

Estas imágenes refuerzan una de las reflexiones del profesor Burga: la historiografía peruana y peruanista se construye en un proceso de diálogo, con prestaciones de la antropología, sociología y arqueología. Tal vez, ese personaje mencionado en la página 83, con enormes lentes que arrastra una pesada máquina de escribir y busca infructuosamente comunicarse con los sujetos históricos sea la encarnación de la misma historiografía peruana: con limitaciones y trabas, pero con preguntas y curiosidad por entender y sobretodo, dialogar con la sociedad misma. **(Maribel Arrelucea)**

³ Uno de los mejores balances historiográficos es de Flores Galindo, «La imagen y el espejo: la historiografía peruana entre 1910-1986» *Márgenes*, 4, 1988. Es muy conocida la discusión provocada por «El nuevo perfil de la historia del Perú» de Bonilla, pues aparecieron las réplicas de Burga, Pease y

Flores Galindo en la misma revista. En la otra orilla, Henrique Urbano se convirtió en el crítico implacable, y a veces injusto, de cuanto texto se publicaba.

² *El Comercio*, lunes 1 de agosto de 2005

³ Antoine Prost, *Doce lecciones de historia*. Madrid, Ediciones Cátedra, 2001, p. 172. Deberíamos recordar el consejo que diera Febvre a sus alumnos de vivir plenamente, en el sentido que los historiadores

comprendemos a través de nuestras prácticas sociales.

⁴ Me llama poderosamente la atención la foto de Pablo Macera incluida en el libro. Es el único en actitud campechana, comiendo un choclo con la mano. Por esa misma razón me parece la más humana, pues al fin y al cabo los historiadores somos parte de la sociedad que estudiamos.